

Historias emocionales: una historiografía de las resistencias en Chalatenango, El Salvador¹

Jenny Pearce

London School of Economics

Resumen: Este artículo usa el “concepto de historia” de Walter Benjamin para desenterrar la importancia histórica de un momento de resistencia campesina en Chalatenango, El Salvador, al principios de la década de 1980. Las comunidades del noreste de ese departamento no solamente sufrieron una explotación y represión salvaje, sino que también organizaron su propio poder popular local. No fueron simplemente víctimas, sino protagonistas de su historia, aunque fue una experiencia breve de dos años, más o menos, resultó muy importante en términos históricos. Sin embargo, como dice Benjamin, las resistencias que no terminan en un éxito reconocido históricamente, se pierden para la historia, son de hecho “destellos” de la historia. Este artículo analiza el papel del historiador y el proceso de construcción de la historia desde la memoria con los mismos campesinos.

Palabras clave: memoria, historia, resistencia, autoorganización, poder popular, ciudadanía.

Abstract: This article uses the “concept of history” of Walter Benjamin, to unearth the historical importance of a moment of peasant resistance in Chalatenango, El Salvador, at the beginning of the 1980s. The communities of the northeast of this department, not only suffered a savage exploitation and repression, but also organized their own Local Popular Power. They were not “only” victims, but protagonists of their history. Although a brief experience of two years, more or less, was very important in historical terms. However, as Benjamin says, the resistances that do not end in a historically recognized success are lost to history, in fact “flashes” of history. This article analyzes the role of the historian and a process of construction of history from memory, with the peasants themselves.

Keywords: memory, history, resistance, self-organization, people power, citizenship.

La lengua determinó en forma inequívoca que la memoria no es un instrumento para la exploración del pasado, sino solamente el medio. Así como la tierra es el medio en el que yacen enterradas las viejas ciudades, la memoria es el medio de lo vivido. Quien intenta acercarse a su propio pasado sepultado tiene que comportarse como un hombre que excava. Ante todo no debe temer volver siempre a la misma situación, esparcirla como se esparce la tierra, revolverla como se revuelve la tierra. Porque las “situaciones” son nada más que capas que sólo después de una investigación minuciosa dan a luz lo que hace que la excavación valga la pena, es decir, las imágenes que, arrancadas de todos sus contextos anteriores, aparecen como objetos de valor en los aposentos sobrios de nuestra comprensión tardía, como torsos en galería del coleccionista. Sin lugar a dudas es útil usar planos en las excavaciones. Pero también es indispensable la palabra cautelosa, a tientas, en la tierra oscura. Quien sólo haga el inventario de sus hallazgos sin poder señalar en qué lugar del suelo actual conserva sus recuerdos, se perderá lo mejor. Por eso los auténticos recuerdos no deberán exponerse en forma de relato sino señalando con exactitud el lugar en que el investigador se apoderó de ellos. Épico y rapsódico en sentido estricto, el recuerdo verdadero deberá, por lo tanto, proporcionar simultáneamente una imagen de quien recuerda, así como un buen informe arqueológico debe indicar ante todo qué capas hubo que atravesar para llegar a aquellas de la que provienen los hallazgos.

*Walter Benjamin
“Desenterrar y Recordar”*

Introducción

El presente artículo examina la idea de una “historiografía de las resistencias”, basada en el “concepto de historia” propuesto por Benjamin. En este sentido, nos planteamos encontrar maneras de cómo desenterrar memorias no contadas y menospreciadas en América Latina, en tanto que son fuente de una agencia contingente dirigida hacia la transformación política y social. Tal historiografía se

encuentra imbuida de emoción al interior de aquellas personas involucradas en su construcción y alrededor de ellas. Las narrativas de resistencia en América Latina abarcan experiencias de violencia, sufrimiento y solidaridad. El historiador debe acoger estas historias emocionales, a fin de captar cabalmente la naturaleza del pasado. Reconocer la emocionalidad de la historia y su historización ha consti-

tuido un importante avance en las sensibilidades humanas. El “auge de los recuerdos” es ampliamente reconocido por haber colocado la mente y las emociones del actor histórico y el historiador en el centro de atención

(Tumblety, 2013, p. 3). Enzo Traverso (2016) vincula sus reflexiones sobre memoria e historia en el siglo XX con el surgimiento de una figura de importancia fundamental: la víctima. Al respecto sostiene:

Anteriormente muy discreta y marginal del punto de vista de su dimensión pública, la víctima es ahora proyectada al centro de la escena, donde ocupa casi todo el paisaje. La víctima aparece hoy como el verdadero héroe del siglo XX y produce una focalización muy fuerte, a veces obsesional (Traverso, 2016, p. 24).

Curiosamente, la resistente “comunidad emocional” de Chalatenango, El Salvador, el sujeto de este artículo, insistió en que no quería ser considerada como “víctima”; en ese sentido, el comité que se formó para construir su Museo de la Memoria Histórica se nombró a consciencia Comité de Memoria Sobreviviente. La nomenclatura utilizada por Natalia De Marinis para referirse a la comunidad “política afectiva” (Macleod y De Marinis, 2018)¹ capta bien la conexión entre los procesos emocionales que ocurren en las personas que han vivido traumas inenarrables y los procesos políticos que pueden derivar de ellos, a través de la conciencia analítica que surge al convertir sus recuerdos en historia. Esta politización del afecto constituye un puente entre “emoción” y “resistencia”. La idea de “resistencia” requiere identificar las formas de agencia que en determinada época pueden no ser reconocidas como tales. Benjamin sostiene que, a menudo, estas formas son meros vestigios o tan sólo una

imagen que “refulge, para nunca más volver, en el instante en que se vuelve reconocible” (Benjamin, 2008, p. 39)². Para la historia, estas formas son irrecuperables cuando el presente no se reconoce en la imagen, salvo que, aclaramos, intervenga el historiador. En este capítulo se sugiere una manera en que el historiador puede actuar como Benjamin o hacer vivir las ideas de Benjamin³, lo que implica un proceso de excavar en las “reservas de la memoria” conjuntamente con renuentes forjadores de la historia, partícipes en la guerra civil/revolución salvadoreña, con el fin de restituirles su “capital histórico” (Nora, 1989, p. 7). Se trata de campesinos analfabetos (en su mayoría) de áreas remotas del noreste de Chalatenango, fronteras con Honduras, quienes a principios de la década de 1970 construyeron una organización campesina. Los campesinos indicaron (entrevistas, septiembre de 2014) que cuando comenzaron a organizarse: “nos hicieron la guerra”. Esa respuesta

hizo que creciera el apoyo activo al naciente movimiento guerrillero localizado en la región (Fuerzas Populares de Liberación, FPL). En 1980, ese grupo se unió con otros para formar el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN). Sin embargo, no se trató de una movilización ideológica o manipulada, ya que la misma produjo conflictos reales en el seno de las comunidades campesinas que profesaban una profunda espiritualidad y rechazaban la vía de la violencia. El apoyo a la lucha armada surgió a partir

de la necesidad de defenderse para combatir el modelo de desarrollo y la estructura de poder excluyentes. Paulatinamente, una lucha “negativa”, en el sentido que rechazaba las condiciones de vida vigentes, se convirtió en una lucha positiva por una transformación social consciente más profunda que, sostengo, dio un giro revolucionario cuando los campesinos empezaron a construir lo que se llamó Poder Popular Local (PPL), una especie de defensa civil y autogobierno en su zona de control guerrillero en Chalatenango.



Participantes del poder local en una comunidad del noroeste de Chalatenango, 1984. Fotografía de Mike Goldwater

En 1984 compartí algunos meses con estos campesinos y en ese momento redacté una historia oral sobre el movimiento campesino y la construcción del PPL. En esos momentos, por indicaciones de EE. UU., la guerra se había llevado

al aire, es decir, se había traducido a bombardeos casi a diario. Retorné casi 30 años después para trabajar en el Museo de la Memoria Histórica que fue establecido en el 2010 por los campesinos a partir de sus recuerdos de resistencia,

represión y revolución en Arcatao, Chalatenango. Deseaba examinar conjuntamente con ellos qué tipo de historia había surgido de sus recuerdos. Un proceso como ese, de hurgar en los “estratos de la memoria” con los sujetos de los recuerdos, ejemplifica el espíritu del llamado realizado por Benjamin: una historiografía que más allá de pronosticar la existencia de la agencia revolucionaria en el futuro, ofrece “destellos de esperanza”²⁴ en el pasado. El énfasis puesto por Benjamín en los “fragmentos radicales de la historia” (Benjamin, 2008, Tesis V), más que en su desenlace racional hacia el proyecto revolucionario, está en sintonía con la manera en que muchas resistencias nunca logran asentarse en los libros de historia, precisamente porque “fracasan” en su intento de lograr el cambio revolucionario. Sin embargo, estos mismos fragmentos relatan una historia importante; uno de ellos constituye el meollo de este artículo. Al mismo tiempo, el historiador que utilice los recuerdos tendrá ante sí muchos desafíos en torno al tipo de historia que propone escribir y cómo validar esta fuente de conocimientos y manejar su inconclusión. Si el objetivo consiste en devolver el “capital histórico” a los campesinos, existen muchos desafíos adicionales en términos de erudición, posesión y voz, que no pueden ignorarse a la hora de construir historias emocio-

nales. Las memorias no son nunca estáticas ni “puras”, son influencia del curso del tiempo. En este caso, sin embargo, no había una “política de memoria” de los actores en la guerra, más bien, hubo silencios selectivos. Por eso, el pasado nunca se hizo historia para estos campesinos; sus memorias individuales y colectivas se quedaron, si no “puras”, relativamente intactas.

En primer lugar y de manera concisa, el presente artículo resume cómo Benjamin nos motiva a pensar sobre la historia y la resistencia. En segundo lugar, proporciona algunos antecedentes en torno a los “Conversatorios sobre Memoria e Historia” (organizados colectivamente con el Museo de la Memoria Histórica de Arcatao en 2014) y a la dificultad que enfrentaron los campesinos durante el proceso de conversión de sus recuerdos en una narrativa histórica, de modo que pudieran influir en el ámbito político actual de El Salvador. En tercer lugar, examina los temas relativos al ejercicio de agencia en medio de la violencia, tal como fueron relatados por los campesinos en el proceso de conversión de su pasado en historia. Finalmente, analiza los desafíos que surgen al construir historia a partir de los recuerdos relatados por campesinos que en su mayoría no pueden leer o *escribir* su propia historia.

Benjamin y los “fragmentos radicales” de la historia

La cita de Benjamin que se reproduce al comienzo de este artículo nos recuerda dos cosas: la primera es que el pasado deja “tesoros en los sobrios cuartos de nuestras percepciones posteriores”. Aun así, estos tesoros constituyen sólo torsos en una galería; no son los aspectos plenamente encarnados de nuestro presente. Los mismos han sido desarraigados de su pasado y de los estratos contextuales que les dieron forma. Nos toca, entonces, penetrar muchas capas de tierra para desenterrar estos tesoros en su significado y en su trascendencia completa. Debajo de los estratos están *enterradas* las fuentes de nuestras percepciones posteriores. Si no excavamos una y otra vez, tendremos sólo un tenue vestigio, y no podremos acceder a la rica veta que nos permite aprender de los recuerdos. Respecto a lo segundo, Benjamin hace hincapié en la importancia de las personas que recuerdan, pues debemos conocer cómo son hoy día y cómo recuerdan su vida en el pasado. Según mi interpretación, la persona que recuerda es un sujeto en toda su encarnada complejidad. El sujeto siempre es potencialmente capaz de ejercer su autonomía en el mundo e influir en él, y no tanto un portador pasivo de las limitaciones estructurales del ámbito en que nació o de las acciones dominantes, coercitivas, o que buscan el consentimiento de los demás. Asimismo, el sujeto que

recuerda está conectado emocionalmente con otras personas, por lo que la construcción de una comunidad políticamente afectiva está relacionada, de manera contingente, con las relaciones personales de las que forma parte y con las vivencias que comparte.

En dos de sus obras, *El concepto de historia* y *Desenterrar y recordar*⁵, Benjamin señala la existencia de una historiografía para quienes buscan los tesoros enterrados de las luchas emancipadoras y quieren comprender a los agentes que las han llevado a cabo. Benjamin cuestiona el rol del historicista, representado por importantes historiadores del siglo XIX como Leopold von Ranke (1795-1886), quien percibió la historia como un tiempo eterno, en el cual el historiador excava los hechos que yacen esperando su atención. Esta perspectiva supone la existencia de una historia universal y puede, sin más miramientos, establecer un vínculo causal entre momentos de la historia que, una vez construidos, muestran que la perfectibilidad humana ha avanzado inexorablemente⁶. Según esta perspectiva de la historia, no existe espacio para las posibilidades que nunca se materializaron. En su ensayo “Now: Walter Benjamin on Historical Time”, Werner Hamacher aclara por qué es importante la polémica que Benjamin establece con el historicista, pues el rol de la posibi-

lidad y la contingencia – examinado en el ensayo de Benjamin – constituye la esencia de lo que hace que la historia sea historia: “Lo histórico es aquello que solo puede ser reconocido como histórico a partir de su posibilidad contingente de haber sido diferente y aun así volverse

diferente de, por ende, su posthistoria” (Hamacher, 2005, p. 65). Así, las efímeras posibilidades y los destellos de historia, las resistencias que son el sujeto de este artículo, son históricos en virtud de la posibilidad de que no se realicen y estén expuestos al peligro de perderse:

Debido a que no existe embalse inamovible para siempre, en el cual los tesoros de la posibilidad se acumulen indefinidamente, sino solo un embalse cuyo inventario se disuelve con cada oportunidad perdida, la historia no es una progresión en la que ciertas posibilidades, una tras otra, una a partir de otra, se realicen, de modo que al final se agoten todas las posibilidades y todas las posibles actualidades se establezcan. Allí donde existe la historia, no hay un continuo entre lo posible y lo real (Hamacher, 2005, p. 67).

Benjamin apunta hacia una historiografía que utiliza los recuerdos para excavar las resistencias y rupturas, las posibilidades y las contingencias. Resistencia es una palabra compleja; Howard Caygill (2013, p. 223) sostiene que “una condición peculiar de posibilidad, tanto de poder como de desafío: sin la cual no hay poder” permanece intangible. Lo anterior recoge la idea de que la resistencia implica, como mínimo, una “postura”⁷ frente a fuerzas más poderosas, pues haber tomado posición genera la fortaleza necesaria para actuar. Aquí utilizo el concepto de resistencia para caracterizar los esfuerzos hechos por los campesinos para, primero, posicionarse de esta manera, formando inicialmente una organización campesina y resistiendo la creciente

represión. Paulatinamente, esto se fue convirtiendo en la “resistencia como acción”, con el fin de inclinar el curso de la “historia” a su favor. En el proceso de “posicionarse” y de la violencia que se desató contra ellos, los campesinos fueron capaces de comprender que podían construir su vida social sobre valores de apoyo mutuo y cooperación, para crear una visión de su futuro y expresar el rechazo de su pasado. Varios campesinos recuerdan cómo este proceso permitió que ciertos integrantes de la comunidad superaran el alcoholismo y la violencia interpersonal, esto es, derroteros tradicionales de –particularmente– el hombre oprimido.

Howard Caygill muestra la manera en que la resistencia se ha vinculado también con la

conciencia y la subjetividad, además de que, para quienes utilizan este concepto, las actitudes hacia la violencia marcan una línea divisoria. El concepto de resistencia fue incorporado a la teoría marxista y adherido a la conciencia nacional y de clase; en este sentido, algunas personas afirman que la resistencia es el primer paso dado en el camino hacia una guerra de clases revolucionaria y una sociedad sin clases. Caygill señala que ésta era la posición del Che Guevara, quien influyó en algunos de los movimientos revolucionarios de El Salvador. Sin embargo, en Chalatenango, la dirigencia guerrillera comulgó con la posición militar vietnamita del general Giap; el fundador y dirigente de las Fuerzas Populares de Liberación (FPL), Salvador Cayetano Carpio (conocido como Marcial) contestó, como es sabido, al Che Guevara, cuando menospreció la posibilidad de una revolución en El Salvador, pues carecía de la orografía apropiada para una vanguardia guerrillera. Marcial proclamó que “en El Salvador, el Pueblo es nuestra montaña” (Pearce, 1985, p. 127). El énfasis puesto por los teóricos de la guerrilla en la organización y la conciencia popular creó el espacio que permitió que los campesinos fueran aceptados por su única opción, su experiencia, más que por contar con una ideología respecto a la lucha armada, en términos que reconocieran su propia

agencia política. En las conversaciones sostenidas con ellos siguen hablando de la primera teoría de organización política promulgada por Carpio y las FPL: las voces de la base del movimiento debían ser escuchadas por la dirigencia y devueltas como estrategias que reflejaran esas voces y opiniones. Además, los campesinos están plenamente conscientes de que, a medida que arreciaba el conflicto armado y después del suicidio de Marcial en 1983, se fue dejando de lado esa teoría. La teología de la liberación, importada a la región por sacerdotes radicales pero no revolucionarios, a finales de la década de 1960 y durante la década de 1970, había liberado, literalmente, ciertas mentalidades, auxiliada por sencillos mensajes marxistas⁸. Las experiencias obtenidas tras marchar en la ciudad capital con trabajadores y estudiantes están grabadas en los recuerdos como momentos de gran riesgo —a menudo, los autobuses que tomaban para llegar a la ciudad eran detenidos y los pasajeros arrestados—. A pesar de esto, se fortaleció un sentimiento de pertenencia a una resistencia más amplia. Por otra parte, los sermones dominicales del arzobispo Romero instaban al Gobierno a poner fin a la violencia contra los campesinos, validando y brindando apoyo moral a su lucha.

Dichas experiencias fortalecieron la “subjetividad resistente” que Caygill asocia con el concepto de

resistencia. A menudo, dicha subjetividad puede ser movilizadora, sostiene Caygill, en torno a las virtudes de justicia, valentía/fortaleza y prudencia. Estas y otras virtudes surgieron fuertemente en la resistencia campesina, no como hechos discursivos o retóricos, sino como herramientas prácticas utilizadas por los campesinos para resistir las enormes adversidades asociadas con el hecho de vivir en la zona de control guerrillero. Además, ellos experimentaron fuertes emociones con respecto al apoyo y la solidaridad que se brindaron cuando tuvieron sentimientos de temor. Hacia finales de la década de 1980, las habilidades aprendidas y su creatividad organizacional les permitió negociar el retorno a sus lugares de origen tras una brutal incursión militar que, a principios de los años 80, obligó a la mayoría a huir hacia los campos de refugiados establecidos en Honduras.

¿Por qué, entonces, esta resistencia campesina es un momento “fugaz” de la historia salvadoreña? Momento que debe ser excavado con quienes lo crearon, ya que corre el “peligro” de perderse. ¿Por qué se requiere la perspicacia del ensayo de Walter Benjamin para explicar su total importancia? Las respuestas se encuentran en la manera en que, paulatinamente, en El Salvador, la lógica de resistencia y revolución cedió espacio a la lógica de guerra. Las dimensiones emancipadoras de

la resistencia se fueron perdiendo a medida que las dimensiones militares abrumaron a los campesinos; los Acuerdos de Paz alcanzados en 1992 se fundamentaron en lo que se llegó a aceptar como un punto muerto militar, convenido entre comandantes militares. En El Salvador, los recuerdos infinitos y menospreciados de resistencia siguen siendo visibles en la forma en que los campesinos van encaminando sus vidas. Sin embargo, la sociedad salvadoreña no se reconoce en estas memorias. Por ello, este artículo da cuenta de una metodología que permite restaurar el “capital histórico” al interior de las memorias, trabajando conjuntamente con los campesinos, para redescubrir el significado que guardan para ellos y, en última instancia, para la sociedad salvadoreña. Sobre todo, este artículo aprovecha los afectos emocionales de largo plazo y los efectos de la brutal violencia, en los que la politización de los afectos posibilitó que los campesinos convirtieran su dolor en cooperación entre sí. Como historiadora, reconozco con renuencia (por mi preparación académica) mi propia participación emocional e intelectual en esta historia. Me fue necesario retornar a Chalatenango 30 años después de haber convivido con los campesinos, pues aquellos meses que compartimos moldearon mi vida y mi comprensión del rol del intelectual.

El pasado no es historia en El Salvador

Los salvadoreños han necesitado cierto tiempo para abordar la historia de la guerra civil de su país. Aún existen muchas historias

y, como comentó en una entrevista Jorge Juárez, director del Centro de la Historia de la Guerra Civil Salvadoreña:

¿Cómo construir una narrativa desde tantas memorias? ¿Cómo construir una narrativa que nos permita vivir juntos? Todavía existe muchísimo dolor al interior de las personas, hay demasiado dolor todavía. De pronto, la historia construida “desde abajo” podría ser una historia más real, pero también es complejo hacerlo porque existen varios factores psicológicos problemáticos. Por ejemplo, como manera de protección, la memoria de la gente se cierra y habría que resolver eso para la construcción de la historia “desde abajo”. La gente se auto-reprime, hay mucho constreñimiento. Sin embargo, a largo plazo, es importante construir esta historia. Los lugares de la memoria también son importantes y también controversiales. En este momento, hay un despliegue grande en el país; es una lucha para hacer y nombrar calles, sitios, monumentos, etc. Las Fuerzas Armadas también construyen memoria. Esa construcción de espacios de la memoria es conflictiva, por ejemplo, ¿dónde ubicar a d'Aubuisson y la extrema derecha en este ejercicio? (Jorge Juárez, Entrevista personal, agosto de 2014).

El FMLN, la organización guerrillera que luchó en la guerra, llegó al poder por la vía electoral en 2009, haciéndolo nuevamente en 2014. Si bien, algunos de sus comandantes han escrito sus versiones de la historia, a más de 20 años del final definitivo de la guerra, El Salvador carece de una historia “oficial” y de una historia “desde abajo”. Esto es cierto aun cuando existe una considerable literatura sobre la guerra civil y sus postrimerías escrita por académicos internacionales. Por ello, El Salvador no puede ser conside-

rado un ejemplo de la historia del vencedor como tal, sino de memorias en disputa, reflejo, tal vez, del punto muerto que llevó a que se pusiera fin a la guerra civil. En El Salvador, el pasado no es historia, y se mantienen las condiciones propicias para la violencia. Actualmente, El Salvador se encuentra entre los países más violentos del mundo, a pesar de que se decretó el fin de la guerra (Insight Crime, 9 de enero de 2015).

El punto muerto implicado en los Acuerdos de Paz de 1992 ocultó

la victoria de las élites modernizadoras del país que, antes del último proceso que finalmente condujo a la paz, se habían preparado con esmero para introducir firmemente a El Salvador en el paradigma económico propio del final de la Guerra Fría, la globalización neoliberal. Lo hicieron a través de un centro de estudios neoliberal, la Fundación Salvadoreña para el Desarrollo Económico y Social (FUSADES), financiada por la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID, por sus siglas en inglés). Las demandas por las cuales lucharon los campesinos, trabajadores, estudiantes e intelectuales radicales, como la reforma agraria y un modelo de desarrollo incluyente impulsado por el Estado en el marco de los diálogos de paz, ni siquiera estaban en la agenda ni en sus secuelas. Aunque el FMLN se ganó el derecho a participar en la política, hubo regiones como Chalatenango que, en cuanto al desarrollo del país, permanecieron tan marginales como habían estado antes de la guerra, aun cuando recibieron bastante ayuda internacional en el periodo inmediatamente posterior al conflicto, atribuible en gran parte a la organización de base que se había granjeado el respeto de varias ONGs y de otros organismos. La historia del proceso de reconstrucción después de la guerra librada en Chalatenango ha sido contada por Salazar y Carmen Cruz (2012), Van Der Borgh

(2003), Silber (2011) y Todd (2010). La historia de autoorganización continuó desempeñando su rol, ya que las comunidades negociaban soluciones a sus problemas contando con el apoyo de ONGs nacionales afines a ellas. Aun así, en su trabajo de campo en la región, Silber (2011) constató la existencia de un “desencanto palpable” en la población. La autora sugiere que el Chalatenango de la posguerra es la historia de la resocialización de los sobrevivientes de la guerra civil, quienes se convirtieron en ciudadanos luchadores que participan en la política de resistencia frente al proceso de exclusión en marcha (2011, p. 8). Todd (2010) aborda la importancia de la organización campesina y su acción colectiva en el periodo de la posguerra, sosteniendo que los “gobiernos, observadores y analistas han desplazado a los campesinos de la historia nacional salvadoreña” (p. 222).

El legado de la historia de la autoorganización durante la guerra continuó siendo palpable. Los campesinos han construido pequeños museos de la memoria histórica, como los que existen en Las Flores, Las Vueltas y Arcatao; el último de éstos será examinado en este artículo. Muchas personas y organizaciones de la región han desempeñado un papel importante en los movimientos, por ejemplo: Pro-Búsqueda, fundada en Guarjila con el apoyo del padre Jon Cortina,

está dedicada a la búsqueda de los hijos de las víctimas de la guerra que fueron desaparecidos o dados en adopción.

Chalatenango es uno de los lugares que más padeció este tipo de prácticas. Existe evidencia de que la conservación de la cohesión social, que sirvió formidablemente durante la guerra, ha hecho que estas comunidades también hayan resistido los intentos de las pandillas urbanas de asentarse en esta importante zona fronteriza, ruta de tráfico de drogas. Por ejemplo, en el 2015 se informó que en Las Flores había transcurrido una década sin que se produjera un solo homicidio (Las Claves de Cinco Municipios que se Vacunaron Contra la Violencia, 4 de mayo de 2015, *El Faro*). Algunos de los proyectos de infraestructura impulsados por el Estado en la región han encontrado una fuerte resistencia, como el de la Longitudinal del Norte, una carretera que uniría a Chalatenango con Honduras, pues muchos habitantes consideraron que facilitaría el tráfico de drogas antes que el comercio legal. Asimismo, un proyecto minero propuesto en el 2013 generó una oposición organizada en el municipio de Las Flores. Esto ocurrió durante el mandato de un alcalde que tuvo un papel activo en el movimiento campesino y en el Poder Popular Local de Chalatenango a lo largo de la guerra. Tras una consulta popular realizada en el 2014, el pueblo se declaró “libre de minería” y, en 2017,

El Salvador se convirtió en el primer país del mundo en prohibir la extracción de metales.

Después de la guerra, esta inclinación por la autoorganización pudo haber sido aprovechada para el desarrollo local si se hubiera apoyado y dotado con recursos estatales. Sin los recursos y sumado a que la cooperación y los apoyos internacionales cada vez se hicieron más escasos, la unidad campesina fue lo que permitió mantener en pie a las comunidades, pero no fue posible ofrecer oportunidades a las nuevas generaciones ni influir en la política nacional en temas como la agricultura o seguridad alimentaria. El poco reconocimiento de la extraordinaria fiereza que sobrellevaron los campesinos durante su lucha por establecer una vida digna y la manera creativa en que respondieron tras el colapso del Estado en su región, los deja con recuerdos pero sin una historia que pueda ser capitalizada para impulsar su participación en los debates políticos sostenidos en el país. Además de persistir la pobreza y los problemas sociales asociados a ella, escasean las oportunidades que podrían motivar a los jóvenes a quedarse en la región. Muchos jóvenes sueñan con migrar hacia “el norte”, es decir, a Estados Unidos, en un futuro.

Durante mis visitas de seguimiento, pude constatar que los actores armados de ambos bandos de la guerra civil son renuentes

a reconocer el valor permanente de la contribución hecha por los campesinos al desarrollo de su país. Enfascados en las campañas políticas desde 1992, muchos comandantes guerrilleros cada vez prestaron menos atención a las regiones periféricas (Sprenkels, 2014), centrándose en la lucha por el poder político en los ámbitos urbanos. Incluso, las narrativas sobre la guerra civil rara vez se refieren al

rol político desempeñado por los campesinos. A lo sumo, los campesinos son presentados como la base de apoyo para la lucha general librada por el ejército guerrillero. Muchos dirigentes se niegan a aceptar que existió un papel para el campesinado no reductible a la lógica de la lucha armada, o que los campesinos pueden ser fuente de sabiduría y valor permanente para la sociedad en general.

Los conversatorios y la historización de la memoria en Chalatenango

Quizá por el hecho de que casi no pude procesar lo experimentado con los campesinos en 1984, ni lo aprendido respecto a la importancia de sus esfuerzos para auto-organizarse⁹ en medio de las incursiones del ejército y los bombardeos aéreos, sencillamente no pude poner fin a mi compromiso con ellos a través de un libro que fue escrito durante la guerra y que nunca se ha traducido al español. Por esta razón regresé a Chalatenango en septiembre de 2014, para trabajar con los campesinos en la elaboración de su historia. El Museo de la Memoria Histórica, establecido por ellos en Arcatao, Chalatenango, ya me había incluido como miembro en su comité. Juntos construimos una metodología, utilizando en los

tres conversatorios, a manera de estímulo, mi libro, *Promised Land*, y las fotografías tomadas en 1984 por Mike Goldwater, fotógrafo profesional y acompañante¹⁰.

Cabe reconocer que los campesinos y algunas organizaciones foráneas habían impulsado otras iniciativas. En 2003, por ejemplo, se invitó a la población de Arcatao a varios talleres de salud mental. Sin embargo, muchos expresaron que tales talleres no eran la manera de abordar sus recuerdos, más bien querían algo que se viera y fuera tangible. Nicolás Rivera, miembro fundador del comité, comentó que los talleres de salud mental les hubieran dado la oportunidad de hablar entre ellos, algo positivo sin duda, pero:

[...] también había que registrar algo para que las futuras generaciones lo conocieran... yo en las quindas¹¹, allá, pensaba en que había que contar la historia, entonces me voy a meter. Fue

como cuando dijimos también “Hombre no, ¿pero es que solo un libro? ¿Y si no hay algo que se vea? La gente va a decir que el libro aguanta con lo que le ponen y queremos tener algo que se vea... Ah bueno, pues aquí un museo...” Y ahí comenzamos pues (Nicolás Rivera, Entrevista personal, septiembre de 2014, Arcatao).

A efectos de la memoria, contar con objetos y artefactos tangibles posibilita reflejar el carácter profundamente emocional de las vivencias que no pudieron ser captadas con palabras, máxime cuando los propios campesinos no podían leer ni escribir. Los campesinos buscaban alternativas a las herramientas clásicas comunicativas del historiador académico; más bien, querían comunicar por medio de las narrativas que cuentan los artefactos mismos, un tipo de historia pública, visible y social. Para ellos, el valor de las fotos tomadas en 1984 era inmenso; las imágenes sirvieron como punto de partida para las conversaciones que organizamos conjuntamente. La importancia del Museo radica en los artefactos de guerra recogidos por los campesinos, los cuales constituyen pruebas concretas de lo que han experimentado. El santuario que estaban construyendo los integrantes del Museo de Arcatao para resguardar los restos de las víctimas de la guerra, cuya exhumación comenzó alrededor de los años 2011 y 2012, representa otro ejemplo de la importancia asignada al hecho de que otras personas puedan ver y palpar lo que ellos vivieron.

Al escuchar a los campesinos se pudo aprender con toda lucidez en qué forma querían recordar su lucha y su sufrimiento. Sin embargo, no queda claro por qué se demoraron tantos años en construir el Museo, fueron casi 40 años después de que empezara (oficialmente) la guerra civil/revolución en El Salvador. En primer lugar, se debe decir que dar sentido a una experiencia tan profunda siempre implica mucho tiempo. Hay todo un proceso de (re) significar una lucha tan prolongada y con tantos impactos individuales y sociales. Las historias emocionales no se construyen rápidamente, ya que son emocionalmente exigentes al nivel personal y, al mismo tiempo, requieren un proceso colectivo. Tal proceso implica mucho en los contextos de marginalización socioeconómica que siguieron después de los Acuerdos de Paz. Hay que tomar en cuenta que los campesinos nunca han sido reconocidos como actores de su propia historia. La guerra revolucionaria les dio un reconocimiento *de facto*, cuando ellos mismos empezaron a actuar de forma autónoma (en labores de defensa, producción alimenticia y atención médica) a la vez que mantuvieron vínculos

estrechos con la guerrilla, es decir, siguieron bajo el mando de la guerrilla. Sin embargo, la guerrilla no pudo gobernar Chalatenango en medio de los combates de varios frentes. El autogobierno campesino otorgó esta independencia relativa, por esta razón duró poco, ya que fue interrumpido por el desplazamiento forzado de 1985. El retorno colectivamente organizado de los campamentos en Honduras dio, otra vez, un sentido de autogestión. Sin embargo, en los Acuerdos de Paz, los campesinos no tuvieron voz, sólo regresaron a ser “base” del FMLN, ahora partido político; de este modo, los campesinos mantuvieron una lealtad profunda al partido. Su sentido de agencia se mantuvo, por ejemplo, en la forma en que ganaron control electoral de muchos municipios y en otras expresiones de resistencia.

Los conversatorios se realizaron en tres comunidades del noreste de Chalatenango: Las Vueltas, Las Flores y Arcatao. En ellos participó un total de 150 campesinos. Debido a los costos y a la logística del traslado, la mayoría de los participantes asistió al conversatorio más cercano de su cantón. Los temas que enumero a continuación no son más que una reducida selección de numerosos diálogos en los que expusieron detalladas vivencias que experimentaron durante la guerra y posteriores sus secuelas, también proceden de entrevistas a profundidad que realicé

posteriormente con algunos de los participantes.

Los campesinos han impugnado las fechas de la guerra determinadas por algunos historiadores y la caracterización como una “guerra” en lugar de una “revolución”. Estos “hechos” históricos básicos se encuentran en disputa entre las pulcras reconstrucciones de la historia y las complejas subjetividades de la memoria. Para los campesinos, la guerra comenzó en la década de 1970, mientras que los historiadores la sitúan en 1980. Los historiadores entienden que se trató de una guerra civil de 12 años. Los campesinos afirman que duró cerca de 20 y, para ellos, esos años adicionales son importantes. Según algunos campesinos, la lucha comenzó en 1974, cuando organizaron la Unión de Trabajadores del Campo (UTC); a partir de ese momento, el Gobierno y el grupo paramilitar conocido como ORDEN, apoyados por el ejército y los terratenientes, empezaron a detener, torturar y asesinar a los líderes de la organización campesina. El rol desempeñado por la UTC no ha sido registrado ampliamente para la historia¹²; sin embargo, se ha escrito un libro notable sobre la Federación Cristiana de Campesinos Salvadoreños (FECCAS), la contraparte de la UTC en Aguilares (Cabarrús, 1983). Asimismo, *Promised Land*, escrito en medio de la guerra, presenta un recuento de la UTC. De acuerdo con muchos campesinos, las represalias del Estado contra los

líderes sindicales fue el motivo de que tomaran la decisión de apoyar la lucha armada. Hacia finales de 1970, muchos líderes y personas que se encontraban bajo sospecha de participar en los pujantes movimientos populares habían optado por ya no pasar la noche en su hogar. Para muchos de ellos, la guerra empezó

entonces, ya que pueden recordar vívidamente el momento en que comenzaron a darse cuenta de que su condición no era algo “natural” o dado. Julio Tobar Arce aprovecha la metáfora de superar la “ceguera”, expresando en parte lo que Caygill llama “conciencia” de la resistencia:

Mire, al principio, cuando comenzó la UTC, yo no me organicé al principio, porque uno vivía cegado (no veía la realidad), no teníamos conocimiento de las cosas que vivíamos ni qué nos hacían los que tenían pisto. Un día, un compadre mío llega a la casa, y por el camino pasa y me saluda, y me dice: “Hola qué tal compadre”, y le digo: “Bien” y él me dice: “¿Qué está bien compadre? ¿No le falta escuelas, la salud, tiene dinero; tiene comida?” Y le dije: “No, carezco de todo ello”, y me dijo: “Entonces no está bien, entonces organícense”. Y así es que como yo me organicé, abrí los ojos yo, y me dije: “Es cierto lo que dice este hombre, todo eso me hace falta...” Y por eso me organicé, principalmente porque como nosotros trabajábamos la tierra y no la teníamos, la lucha era para que hubiera una reforma agraria, para que nos diera el gobierno un pedazo de tierra para poder ser dueños de un pedacito de tierra, y por eso nosotros entramos porque no teníamos la tierra para cultivar. Como que nosotros éramos ciegos, y cuando nos empiezan a hacer planteamientos, que eran personas preparadas las que venían, profesores de la Universidad... empezamos a despertar, y empezamos a ver, que en realidad éramos hijos del mismo Dios y por qué nosotros vivíamos en tanta pobreza y los ricos vivían en tanto poder. Empezamos a ver nosotros cómo organizarnos, porque para nosotros era bien raro todo eso, y nosotros empezamos y nos gusta todo eso, todo el planteamiento nos gusta mucho a los pobres; entonces, así fue como nosotros comenzamos a conocer y... a organizarnos. En el cantón donde yo vivía, que era un cantón grande, como el 90% lo organizaba y como el 10% estaba de acuerdo con lo que el Gobierno hacía, porque ellos eran unos campesinos medios, porque tenían tierras y dinero (Julio Tobar Arce, Entrevista personal, septiembre de 2014, Las Flores).

Amado Valle Hernández relata lo que sentía al no tener acceso a la educación o a medicinas:

Todos los que pertenecíamos a la clase pobre de jornalero, era una vida difícil, lo más difícil era que uno no tenía acceso a la educación, lo más que había era un primer grado en los cantones, y como... habían muchos niños en las clases, uno no aprendía. Otra cosa que era bien difícil era la cuestión de la salud, en el cantón de nosotros, ahí no había una clínica ni una farmacia para comprar una medicina, absolutamente nada, entonces las consecuencias de la enfermedad le ataca más a uno... La vida, antes de que nos organizáramos, era una vida muy difícil; y no digo solo de mi cantón, sino tratando de que toda clase pobre que vivíamos en el campo, sufríamos las mismas consecuencias. Todos teníamos que vender la fuerza de trabajo para hacer un miserable dinero y al mismo tiempo para sobrevivir con la familia (Amado Valle Hernández, Entrevista personal, septiembre de 2014).

Julio Tobar Arce también explica de qué manera la represión obligó a los campesinos a huir de sus casas:

Desde el momento que me organicé en 1975, para mí desde ese momento ya la gente estaba perseguida por el ejército, por el solo hecho de que siempre son los pobres... al principio de la lucha no fue para llegar a una guerra, sino que era una lucha reivindicativa para la mejora en los centros de trabajo, en la salud, y cuando nosotros exigíamos eso, el gobierno y el ejército respondió con represión. Eso nos hizo también en algún momento que dejáramos las casas porque ya no podíamos tener vida allí, cada día llegaban a la casa y el que estaba lo mataban, porque eso era persecución para matar, no de llevarte preso para después dejarte libre (Julio Tobar Arce, Entrevista personal, septiembre de 2014, Las Flores).

Los campesinos compartieron muchos recuerdos muy detallados del proceso vivido para organizarse, la violenta respuesta y el horror que significó sobrevivir a las masacres perpetradas por el ejército, las invasiones y los momentos en que tenían que huir en las llamadas *guindas* colectivas. También hicieron memoria de los PPL, que representan uno de los destellos de la historia. Para algunos de los líderes guerri-

llos, los PPL formaban parte de la construcción de una nueva sociedad en la que los campesinos desempeñarían un papel activo. Otros líderes consideran que los PPL formaban parte de la logística militar que permitió que los campesinos se defendieran a través de su milicia, en momentos en que los ejércitos guerrilleros libraban luchas en otros parajes. Además, constituían una ventaja propagandística a la hora de caracterizar a la lucha revolucionaria para un creciente movimiento solidario en Europa, que se activaba más fácil si se trataba de un movi-

miento popular que si se trataba de un ejército guerrillero. El reto de lograr el difícil equilibrio entre la lógica de la auto-organización y la lógica militar siempre estuvo presente. Yo sostengo, sin embargo, que la verdadera importancia de los PPL radicó en otro aspecto; para los campesinos, los PPL instauraron una experiencia de “poder real”, pues durante un breve momento pudieron construir el contenido de ese poder, diferenciándolo de todas sus experiencias previas, como Julio Tobar Arce comentó con particular claridad:

En ese tiempo, el poder popular para nosotros era un poder real, porque aquí había perdido el control el gobierno, había quedado una zona sin control del Estado, entonces había que hacer todas las cosas que teníamos que hacer como un consejo municipal, como un gobierno local y esas eran nuestras funciones: el acto de defensa, la cuestión agrícola, luchábamos porque hubieran escuelas, en ese tiempo no habían escuelas pero los niños recibían las clases aunque fuera debajo de un palo, sentados en el suelo o en una piedra, no había papel; sino en tablas se escribía, como cuando Moisés que se decía que grabó las tablas de la ley en una piedra y es así como comenzó el tema de la educación acá. Y nosotros en el gobierno local, en el poder popular, queríamos que todos los niños tuvieran acceso a la educación, porque nosotros no tuvimos esta oportunidad, no había ni escuelas casi, y si las escuelas estaban lejos no teníamos la manera de acceder a ellas; nuestros papás no creían que de la educación podía vivir uno, ellos decían: “vos vas a vivir del trabajo, no de las letras”.

Para el Estado siempre fuimos desconocidos, fuimos apartados, entonces nunca pudimos ser aptos para tener un cargo, pero en el popular sí, porque nosotros convocábamos a toda la gente del lugar y allí habían sin fin de propuestas, y de ese montón de propuestas los que salían con más votos eran los que iban a

asumir una responsabilidad; nosotros en ese tiempo, sentíamos que teníamos el poder real de que la gente eligiera a sus actividades, no como era antes que otros las imponían; sí habían elecciones, pero las elecciones eran impuestas, ya ellos tenían a la persona que iba a asumir el cargo, pero a uno le hacían votar por aquella persona supuestamente pero no era cierto, y en el poder popular no, allí era real, la gente votaba por la persona que le podía responder a sus necesidades (Julio Tobar Arce, Entrevista personal, septiembre de 2014, Las Flores).

Los campesinos tienen clara la importancia de recordar la guerra, no sólo para procesar el trauma sino también para comunicar a las nuevas generaciones y al público en general lo que han vivido. Sus mensajes se posicionan contra la guerra como tal y constituyen un aprendizaje positivo a partir de su trauma. Esto se hace evidente en las palabras de Rosa

Rivera, campesina y fundadora del Museo de la Memoria Histórica de Arcatao, quien fue torturada cuando tenía 16 años y cuyos padres fueron torturados hasta la muerte durante la guerra civil, y en la actualidad, ella apenas sabe leer y escribir. Aun así, es muy consciente de la importancia general de sus propias vivencias de la violencia, las cuales desea compartir:

[...] para que [los jóvenes] vean que también nuestra juventud la dimos por los cambios, pocos cambios que hay ahorita en este país, y que tenemos ganas de dejarles un legado a las nuevas generaciones, para que ellas sigan luchando, para que lo que nosotros vivimos, no lo vayan a vivir ellos, y nadie más, y ninguna persona del mundo entero, porque yo ya la viví, y cuando escucho de guerras en otros países vivo la misma realidad porque la guerra es la misma. Entonces, quien pone los muertos es la población civil, la población indefensa, y por eso yo le hago un llamado a todo el mundo entero, que nos unamos, que nos organicemos, que unamos esfuerzos para decir no a la guerra, sí a la vida porque eso es lo que interesa en el mundo (Rosa Rivera, Entrevista personal, septiembre de 2014, Arcatao).

La conciencia más amplia en torno a la importancia de lo aprendido por los campesinos imprime a esta experiencia el carácter en forma de resistencia que convirtió a

personas y comunidades en actores públicos en pro de la paz y la justicia. Al construir el “poder real”, con el que administraban sus comunidades para ellos mismos y elegían a las

mejores personas para liderarlos, los campesinos transformaron la resistencia en una visión positiva del futuro por el que lucharon y en una posibilidad contingente para la verdadera erradicación de la pobreza, la explotación y la exclusión violentamente impuesta. Los PPL marcaron el momento en que, durante un tiempo muy breve, la resistencia fue los cimientos de un orden sociopolítico novedoso. Se trata de una experiencia que dejó a los campesinos las perspectivas sobre la paz y la guerra, que van más allá de lo que la mayoría de los observadores esperaba del

paraje periférico de una república centroamericana también periférica. Dicha visión no se fundamentó en el alfabetismo, en los libros o en los líderes de mayor escolaridad, sino en un sistema de valores basado en la cooperación y la solidaridad, potenciadas por la cruel necesidad y la experiencia de un sufrimiento compartido. Claro, las ideas manejadas por los actores que contaban con mayor escolaridad desempeñaron un papel importante, pero lo hicieron a la par de la sabiduría y los conocimientos acumulados por los campesinos a partir de sus propias experiencias.

La historia: una discusión sobre el pasado

La historia es una discusión, y un registro, sobre el pasado, y sus términos cambian constantemente (Samuel, 2012, p. 430. Traducción propia).

El proceso de excavar en busca de “destellos de esperanza” en el pasado debe ser justificado no sólo mediante la validación de la producción conjunta de conocimientos experienciales con las comunidades, sino también a través de la validación con comunidades productoras de rigurosos y publicados conocimientos, como los historiadores académicos. Esto es así para apaciguar a los historicistas, término utilizado por Benjamin para referirse

a quienes insisten en establecer la pureza factual de la historia en un tiempo lineal y “vacío”, y también porque, para ser capitalizada, la historia de los campesinos necesita autoridad; la impotencia de ellos frente a las estructuras de poder prevalecientes hace muy difícil que puedan comunicar con autoridad sus vivencias como historia, en lugar de hacerlo como memoria. Pierre Nora ha resumido con elocuencia los retos implicados en ello:

Memoria e historia, lejos de ser sinónimos, ahora parecen ubicarse en una oposición fundamental. La memoria es vida, transmitida por sociedades vivientes que se fundaron en su

nombre. Se encuentra en constante evolución, abierta a la dialéctica de recordar y olvidar, inconsciente de sus deformaciones sucesivas, vulnerable a la manipulación y la apropiación, es susceptible de permanecer inactiva durante largos periodos y de ser revivida periódicamente. La historia, por su parte, es una reconstrucción, siempre problemática e incompleta, de lo que ya no existe. La memoria es un fenómeno siempre real, un vínculo que nos amarra al presente eterno, la historia es una representación del pasado... La memoria no puede ser vista más que por el grupo al que unifica... En cambio, la historia pertenece a todos y a nadie, de ahí su autoridad universal. La memoria cobra arraigo en lo concreto, en espacios, gestos, imágenes y objetos; la historia se ciñe estrictamente a continuidades temporales, a progresiones y relaciones entre cosas. La memoria es absoluta, mientras que la historia solo puede concebir lo relativo (Nora, 1989, pp. 8-9).

Nora nos recuerda que no existe una manera sencilla de convertir los recuerdos en historia. Incluso, como mencioné antes, el significado de los PPL ha sido tema de disputa. De todas maneras, la primera tarea de los conversatorios consistió en que los propios campesinos rescataran el significado y la importancia de los procesos de resistencia. Este paso fue diseñado con el propósito de garantizar que esta fuente “primaria” no pasara inadvertida por los historiadores de El Salvador ni por las resistencias históricas en general. Ahora que ha sido conservada como fuente primaria, los historiadores pueden valorarla en comparación con otras fuentes. Los conversatorios fueron grabados en video y se produjo un documental para el Museo¹³, por lo que siempre existirá un registro de las voces y de los análisis realizados por los mismos campesinos.

Durante los años recientes se ha producido una reafirmación del valor otorgado a la memoria; un historiador sostiene que se ha convertido en “una de las principales preocupaciones de la academia histórica”. De hecho, existe un “redimensionamiento de la ‘memoria palpable’” (Cubitt, 2007, p. 1). La historia ha avanzado mucho más allá de los historicistas del siglo XIX que desagradaban tanto a Benjamin. Hoy existe mayor reconocimiento respecto a cómo se produce una comprensión del pasado y las posibles brechas entre la historia “tal como se escribe” y la historia “tal como se vivió” (Cubitt, 2007, p. 28). Sin embargo, a menudo estos enfoques siguen polemizando con los métodos históricos dominantes. Y, aun si uno debate con ellos, esto no exonera al historiador (en este caso, a mí misma) de ejercer el rigor metodológico. ¿Cómo se pueden

canalizar estas memorias hacia las historias que algunos salvadoreños escribirán? El historiador Erik Ching ha recopilado y analizado una colección formidable de relatos de primera mano, así como antologías testimoniales de la guerra civil salvadoreña (Ching, 2016), los cuales sirven para ilustrar la descripción de la historia como una “discusión sobre el pasado”, hecha por Raphael Samuel. Además, dan cuenta de un espectro de memorias y, específicamente, de memorias antagónicas sobre la guerra civil, así como de numerosos silencios y afirmaciones relativos al victimismo. Las “comunidades de la memoria” de Ching son también “comunidades emocionales”: su colección hace hincapié en la importancia de garantizar que la conmemoración no sea un reflejo del poder de escribir y publicar ostentado por algunos, sino que el historiador se haga responsable de investigar sistemáticamente estas comunidades.

Uno de los peligros que algunos ven en la memoria, en los testimonios y en la historia oral consiste, precisamente, en la influencia que ejercen en éstos la emoción y la convicción personal que surgen de relatos particulares que pueden seducir con insólita facilidad al historiador y su lector. Por lo tanto, sin duda, este tipo de historia requiere otras fuentes para contextualizar, indagar y cuestionar. Los debates en torno a la memoria, sea individual, social, colectiva o pública, han plan-

teado muchas cuestiones relativas a cómo las memorias se influyen unas a otras, mutuamente, y a cómo las narrativas individuales pueden de pronto aparecer incuestionadas, convirtiéndose en verdades colectivas. Al mismo tiempo, a menudo, la autenticidad de la voz es justamente lo que proporciona claridad y fuerza a eventos y procesos históricos. Sin ella, perderíamos lo humano que subyace en estos procesos. En este capítulo, las pujantes memorias del presente pueden ser valoradas a la luz de los testimonios orales y la historia recopilada hace tres décadas en mi libro *Promised Land*. Cuando las memorias actuales se comparan con las voces registradas en ese libro, salta a la vista la persistencia de un eje común: la manera en que los campesinos hablan de su decisión de organizarse y de las razones por las cuales optaron por permanecer en una zona de control guerrillero (antes de huir a los campamentos de refugiados en Honduras), donde, a pesar de ser civiles, tuvieron que enfrentar con sus familias los ataques implacables. Esta continuidad sugiere que las narrativas de los campesinos son lo más cercano a relatos confiables sobre las realidades que persisten en sus recuerdos, existiendo poca o ninguna influencia de otros relatos escritos.

La metodología de los conversatorios fue elaborada con el fin de no dirigir de ninguna manera los diálogos realizados. Cabe agregar que el libro

Promised Land nunca se publicó en español y que, más bien, se utilizaron fotografías para activar los recuerdos de una amplia gama de participantes en la guerra civil; algunos de ellos permanecieron en Chalatenango durante todo el periodo, mientras que otros buscaron refugio en los campamentos de Honduras. Además, hubo una amplia gama de edades, pues participaron muchos jóvenes que no habían escuchado relatos detallados de sus padres o abuelos sobre ese periodo. Los jóvenes prefirieron guardar silencio respecto a los traumas acaecidos durante su vida. Es en este contexto que la historia emerge como emblemática

de muchas experiencias similares de resistencia, ya que por desafiar el orden sociopolítico violento y excluyente e intentar construir una alternativa humana en su lugar, muchas personas campesinas sufrieron las peores consecuencias en términos de vidas humanas. En la emergente “discusión sobre su pasado”, esta historiografía de la resistencia intenta asegurar que las memorias no escritas de tantas vivencias reciban el reconocimiento correspondiente por su inmenso valor y por las profundas perspectivas con que contribuyen a las narrativas del pasado y al futuro de El Salvador.

Reflexiones finales

Las memorias “no contadas”, o a veces “menospreciadas”, de violencia y resistencia en América Latina no han podido contrarrestar las narrativas históricas dominantes de la región, que tienden a centrarse en el “avance” logrado con la democratización y el crecimiento económico. El enfoque de Benjamin respecto a la historiografía ofrece, en cambio, una alternativa al “historicismo”, presuntamente factual de acuerdo a la caracterización que realiza el propio autor. Se trata de un método que nos permite rescatar aprendizajes emancipadores de los estratos de escombros acumulados. El presente trabajo se refiere a un esfuerzo efectuado en

este sentido, orientado a construir historia –*conjuntamente* con una comunidad de campesinos– a partir de la memoria; además, ellos son los hacedores de la historia desde la resistencia y también son fuente para una ciudadanía actualmente en resistencia. Tomando en cuenta el ejemplo de El Salvador que se consideró en este artículo, la visión de Benjamin sobre los poderes redentores de la memoria reverbera fuertemente. No obstante, no se trata de una historia metafísica, sino de una historia profundamente real y material. Se trata, en primer lugar, de los agentes de ruptura en la historia, esto es, los “sujetos” de la memoria. Se trata también,

hasta cierto punto, de mi propio y complejo rol como “excavadora” y de cómo, al captar las discontinuidades de la historia, una historiografía de la resistencia “mira como tarea suya la de cepillar la historia a contrapelo” (Benjamin, 2008, Tesis VII, p. 43), desenterrando sus ocultos tesoros de oposición. Las memorias no contadas o menospreciadas son parte de la ocultación sistemática de las experiencias y los aprendizajes relativos a las respuestas articuladas frente a la violencia y a las luchas por la dignidad existentes en América Latina. Benjamin propone que nos esforcemos para que dichas memorias sean contadas nuevamente; a pesar de referirse a otro lugar y a otro momento, esta cues-

tion resuena fuertemente en una región donde la violencia continúa siendo un instrumento cotidiano de la política. Al tomar el control de la memoria, apoderándose “de un recuerdo tal como éste relumbra en un momento de peligro”, el historiador puede asegurar que nada quede oculto a la historia (Benjamin, 2008, Tesis VII, p. 40). De este modo, cuando los agentes de rupturas de la historia rescatan por sí mismos esa historia, se abre la posibilidad de que sean ellos, y no los historiadores, quienes enciendan los “destellos de esperanza” en el pasado, de modo que puedan poner en marcha el “capital histórico” de sus vivencias y lograr mayor influencia en su presente.

Referencias bibliográficas

- Benjamin, W. (1992). *Desenterrar y recordar*. En *Cuadros de un pensamiento*. (Trad. Susana Mayer). Buenos Aires, Argentina: Imago Mundi.
- Benjamin, W. (2008). *Tesis sobre la historia y otros conceptos*. (Trad. Bolívar Echeverría). Ciudad de México, México: Itaca-UACM.
- Benjamin, W. (2005). On the Concept of History. En Bullock, M. P; Jennings, M. W; Eiland H. y Smith, G. (Eds.) *Selected Writings*, Vol. 2 (1931–1934). Cambridge, Massachusetts y Londres: The Belknap Press of Harvard University.
- Cabarrús, C. (1983). *Génesis de una Revolución: Análisis del Surgimiento de la Organización Campesina en El Salvador*. Ciudad de México, México: Ediciones de la Casa Chata.
- Caygill, H. (2013). *Resistance: A Philosophy of Defiance*. Londres, Inglaterra: Bloomsbury.
- Ching, E. (2016). *Stories of Civil War in El Salvador: A Battle of Memory*. Chapel Hill, Estados Unidos: University of North Carolina Press.

- Nora, P. (1989). *Between Memory and History: Les Lieux de Memoire. Representations*, 26, Primavera, pp. 7-24.
- Cubitt, G. (2007). *History and Memory*. Manchester, Inglaterra: Manchester University Press.
- Insight Crime. (9 de enero 2015). *El Salvador Homicides Skyrocket after Gang Truce Unravels*. Recuperado de www.insightcrime.org
- Lara Martínez, C. (2018) *Memoria Histórica del Movimiento Campesino de Chalatenango*. San Salvador: UCA Editores.
- Las Claves de Cinco Municipios que se Vacunaron Contra la Violencia*. (4 de mayo de 2015). *El Faro*. Recuperado de www.elfaro.net
- Hamacher, W. (2005). Now: Walter Benjamin on Historical Time. En Benjamin, Andrew (Ed.), *Walter Benjamin and History* (pp. 38-69). Londres y Nueva York: Continuum.
- Pearce, J. (1985). *Promised Land: Peasant Rebellion in Chalatenango, El Salvador*. Londres, Inglaterra: Latin America Bureau.
- Salazar, A. y Cruz, M. C. (2012). *CCR: Organización y Lucha Popular en Chalatenango*. San Salvador, El Salvador: Asociación de Comunidades para el Desarrollo de Chalatenango.
- Samuel, R. (2012). *Theatres of Memory*. Londres, Inglaterra: Verso.
- Silber, I. C. (2004). Not Revolutionary Enough? Community Rebuilding in Postwar Chalatenango. En Lauria Santiago, A. y Binford, L. (Eds.), *Landscapes of Struggle: Politics, Society and Community in El Salvador* (pp. 166-186). Pittsburgh, Estados Unidos: University of Pittsburgh Press.
- Silber, I. C. (2011). *Everyday Revolutionaries: Gender Violence, and Disillusionment in Postwar El Salvador*. New Brunswick, Estados Unidos: Rutgers University Press.
- Sprenkels, R. (2014). *Revolution and Accommodation. Post-Insurgency in El Salvador*. (Tesis de doctorado). Utrecht: University of Utrecht, Países Bajos.
- Todd, M. (2010). *Beyond Displacement: Campesinos, Refugees, and Collective Action in the Salvadoran Civil War*. Wisconsin, Estados Unidos: University of Wisconsin Press.

Traverso, E. (2016). Memoria e Historia del Siglo XXI. En Acuna, M. G. y otros (Eds.), *Archivos y Memoria de la Represión en América Latina (1973-1990)* (pp. 17-29). Santiago, Chile: LOM Ediciones/FASIC.

Tumblety, J. (2013). Introduction: Working on memory as source and subject. En Tumblety, J. (Ed.) *Memory and History: Understanding Memory as Source and Subject* (pp. 1-16). Londres, Inglaterra: Routledge.

Van der Borgh, C. (2003). *Cooperación Externa, Gobierno Local y Reconstrucción Posguerra: La Experiencia de Chalatenango, El Salvador*. Amsterdam, Holanda: Rozenberg.

Notas

- 1 Una versión de este artículo fue publicado en Colombia, Pearce, J. (2016). The Past is not History: Co-Constructing an Historiography of Resistances in El Salvador. En Conflicto armado, justicia y memoria, Tomo I: Teoría política y experiencias de memoria. Medellín: Grupo de Investigación sobre Estudios Críticos. Editorial: Universidad Pontificia Bolivariana. Una versión más corta fue publicada en inglés: Emotional histories: a historiography of resistences in Chalatenango, El Salvador, Macleod, M. y De Marinis, N. (Eds.). *Resisting Violence. Emotional Communities in Latin America*, London: Palgrave Macmillan (2018). Esta versión en español saldrá en Macleod, M. y De Marinis N. (Eds.), en proceso. *Comunidades Emocionales: Resistiendo a las violencias en América Latina*. México y Bogotá: Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilico (UAM-X) e Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH).
- 2 En la versión en inglés de este artículo utilicé la siguiente traducción: Benjamin, W. (2005). On the Concept of History. En Bullock, M. P; Jennings, M. W; Eiland H. y Smith, G. (Eds.) *Selected Writings*, Vol. 2, P. 2 (1931–1934). Cambridge, Massachusetts y Londres: The Belknap Press of Harvard University. Para esta versión en español utilicé la traducción de Bolívar Echeverría en Benjamin, W. (2008). *Tesis sobre la historia y otros conceptos*. (Trad. de Bolívar Echeverría). Ciudad de México, México: Itaca-UACM.
- 3 Agradezco a Sami Khatib por haber formulado la verdadera intención de este artículo.
- 4 “Encender en el pasado la chispa de la esperanza es un don que sólo se encuentra en aquel historiador que está compenetrado con ello: tampoco los muertos estarán a salvo del enemigo si éste vence. Y este enemigo no ha cesado de vencer” (Benjamin, 2008, p. 40).
- 5 En la versión en inglés de este artículo utilicé la traducción de este aforismo de Walter Benjamin de 1932, contenido en Benjamin (2005). Para la versión en español utilicé la traducción de Susana Mayer: Benjamin (1992).
- 6 “La idea de un progreso del género humano en la historia es inseparable de la representación de su movimiento como un avanzar por un tiempo homogéneo y vacío. La crítica de esta representación del movimiento histórico debe constituir el fundamento de la crítica de la idea de progreso en general” (Benjamin, 2008, p. 51). “La historia es objeto de una construcción cuyo lugar no es el tiempo homogéneo y vacío sino el que está lleno de ‘tiempo del ahora’ (Jetztzeit)” (Benjamin, 2008, p. 51).

- 7 N. del T. En inglés *stand*. Derivado del latín *stare*, es decir, detenerse o hacer que se detenga (Caygill, 2013).
- 8 En Chalatenango, el cuadro Andrés Torres de las FPL llevó estos mensajes a los campesinos. Nadie sospechó que Torres integraba la organización hasta que fue asesinado en 1977. En todo caso, las ideas de estos pensadores “preparados” tuvieron un impacto enorme en los campesinos. Carlos Cabarrús (1983) cuenta la historia de cómo estos mensajes se difundieron entre los campesinos del vecino pueblo de Aguilares.
- 9 Aquí he usado deliberadamente la palabra “autoorganizarse”. Aunque sin duda, el movimiento guerrillero desempeñó cierto papel para facilitar y promover este proceso, fueron los campesinos quienes hicieron el trabajo implicado sobre el terreno. Fundamento esta afirmación en las observaciones que realicé en 1984. Sin embargo, mi interpretación ha sido cuestionada. Sprenkels (2014, p. 116) planteó mi afirmación —respecto a que los PPL tenían poder de decisión— a un cuadro medio de las FPL, quien señaló: “Había una guerra y era necesario tener el control”. En este sentido, prevalece la opinión de que los PPL eran meros instrumentos de la dirigencia militar. Si bien es cierto que la dirigencia militar estuvo a cargo de librar la guerra, los PPL contribuyeron a realizarla, a la vez que su existencia permitió que los campesinos —aquellos que así lo decidieron— permanecieran en una zona de control guerrillero participando en la organización orientada a satisfacer sus necesidades, desde su defensa hasta la producción. Durante este periodo, mis observaciones constataron que, bajo la orientación de las FPL sin duda, los campesinos tomaron decisiones relativas a estos procesos. No obstante, en aquel momento las FPL se encontraban en un proceso de transición, tras el suicidio de Marcial, y todavía existía la determinación de que la participación campesina tenía relevancia, aunque evidentemente esta perspectiva se había debilitado. Desde luego, los campesinos creían que, en el pasado, no habrían podido imaginarse la experiencia que estaban acumulando en los PPL, toda vez que administraban su propio gobierno elegido localmente y el acceso a servicios. Lo anterior no contradice la opinión de que las FPL, en tanto estructura político-militar, retenían el “control”, sino que hace hincapié en la importancia otorgada por los campesinos al hecho de contar con su propio espacio para la organización social y política.
- 10 El término “conversatorio” fue acordado con los campesinos para referirnos al proceso de utilizar las fotografías y el libro con el propósito de reconstruir la historia de las comunidades del noreste de Chalatenango. A los campesinos vinculados al Museo no les agradó la palabra “taller”. No se sentían a gusto con la estructura de los talleres, sus facilitadores y la “formación” implicada, ya que con ello se sentían privados del poder.
- 11 Hace referencia a la huida masiva que tuvo lugar durante las incursiones del ejército.
- 12 La excepción es el importante estudio de Carlos Lara (2018) que se publicó justo al momento de escribir este artículo.
- 13 El documental “Past is not history” fue dirigido por Richard Duffy. Recuperado de <http://www.richardnduffy.com/>.